

Aparece también en estas líneas de Torquemada el tópico de la Naturaleza creada para el hombre y la imagen de la vida fácil, con tal de tener gustos sencillos: La Naturaleza está al servicio del hombre para darle gusto con tal que éste no se deje pervertir por cosas artificiales. Vida fácil porque exenta de trabajo. Vemos aquí la incomparable superioridad del pastor sobre el labrador: éste también vive en contacto con la Naturaleza pero trabaja duramente para asegurar difícilmente su subsistencia. (Del labrador escribe Pérez de Oliva en su *Diálogo de la dignidad del hombre*: «los labradores de los campos no carecen de penas: descubiertos por los soles, y las aguas, andando por las soledades a procurar el mantenimiento de los otros, que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin o reposo alguno» (9). En una sociedad en que el trabajo aparece como una maldición bíblica y se tiene presente en la memoria que Caín era labrador mientras Abel era pastor, el personaje del pastor sólo ofrece una base de verosimilitud suficiente al mismo tiempo que permite la idealización en el sentido de las aspiraciones aristocráticas. Podemos añadir que en Castilla, en particular, la realidad económica favorece la explotación literaria del personaje: al principio del siglo es cuando la poderosa Mesta alcanza su apogeo con unos tres millones de animales (10). Los ganados son una fuente de pingües recursos para la Corona y la Nobleza —a la imagen del pastor está ligada implícitamente la noción de abundancia— lo que subraya ingenuamente Torquemada dando la etimología de *pecunia*. En contra de la agricultura, que plantea problemas desagradables.

Despreocupada y alegre, la vida pastoril permite a Amintas contemplar las maravillas divinas: la vida vegetativa de los pastores de verdad, de aquellos a quienes Cervantes llamará *cabrer*os se vuelve idealmente una vida contemplativa. El cielo entero se ofrece a la mirada del pastor, la Naturaleza aparece como el motivo de una continua acción de gracia: «bendigo y alabo a Dios con ver que muchas veces el campo que a la noche estaba seco y limpio, a la mañana comienza a reverdecer... oigo los cantos de las aves a las mañanas y a las tardes, que también con su dulce armonía parecen música del cielo... (11). Vida contemplativa, la vida pastoril lleva sobre la vida monástica la incomparable ventaja de la libertad individual, que Amintas se propone conservar: «yo por ahora no quiero perder la libertad... es más perfecta vida la de los frailes, pero si queremos gozar

(9) Buenos Aires, Poseidón, 1943, p. 44.

(10) Véase Werner Krauss: «Localización y desplazamientos en la novela pastoril española» «In Actas del segundo Congreso internacional de Hispanistas», Nimega, 1965, p. 364.

(11) N. B. A. E., op. cit., p. 516, 2.

juntamente de la libertad del mundo, buena es la de los pastores, y no es por fuerza que se han de salvar todos los frailes, ni condenarse los que no lo fuesen» (12). El autor parece aquí aunar los intereses de este mundo con los del otro: Amintas goza de la Naturaleza y de la libertad de su condición, al mismo tiempo que, a través de la Naturaleza, se acerca a Dios. El papel aquí dado a la Naturaleza, obra de Dios, permite sentar la supremacía de una forma de vida laica que responde primero a las necesidades terrestres. La vida del pastor aparece ejemplar porque brinda esta libertad individual tan deseada (libertad igual a su soledad) sin poner en peligro, al revés, la salvación de su alma.

¿Qué imagen del hombre aparece aquí? El hombre es libre, la Naturaleza le es favorable. A la exaltación del individuo se une la exaltación de la vida terrestre. Con las gracias del cuerpo, que su juventud realza (Amintas tiene veinte años) este pastor junta las del espíritu: es completamente feliz. Torquemada insiste sobre la simplicidad de esta vida, para recalcar la bondad de la Naturaleza para el hombre. Hasta la dureza del clima se ve templada por la costumbre; «sentimos muy poco los grandes fríos y los grandes calores porque ya el cuerpo está acostumbrado a sufrirlos y a pasarlos sin trabajo...» (13). Para asegurar su subsistencia tampoco necesita grandes esfuerzos: «Cuando hallamos algunas frutas comederas y también algunas raíces sabrosas deleitámonos en comerlas» (14). Amintas es feliz, y, una tras otra, enumera las causas de su felicidad: felicidad esencialmente terrestre que se basta a sí misma. El horizonte del hombre se confunde con el horizonte del paisaje; el Mal y el sufrimiento han desaparecido del campo de su conciencia, así como la noción de pecado original y el sentimiento de culpabilidad.

Una reflexión se impone: en este cuadro la sociedad no aparece, o más bien aparece a través de la crítica que de ella hace Amintas; él es feliz porque es libre, desconoce el sufrimiento en parte porque vive lejos de la sociedad. Condición primera de la felicidad humana, la libertad no podía encarnarse en la ciudad o en un pueblo, menos aún en la corte, so pena de caer en la inverosimilitud. El disfraz de pastor es cómodo, ya que permite respetar parte de la realidad evocada, por medio a veces de artificios de vocabulario (empleo de palabras como «mastines», «majada», «pellico», «zamarra», etc.) al mismo tiempo que encarnar una libertad irreal, una felicidad irrealizable.

(12) Idem, p. 517, 1.

(13) Idem, p. 516, 1.

(14) Idem, p. 515, 1.

Felicidad irrealizable porque es falsa, ya que corta al hombre de los demás seres humanos.

Esta visión positiva de la vida humana, este modelo de felicidad encarnado en el pastor, ignora las necesidades afectivas del hombre. Las mujeres y los niños están ausentes de este universo: en esto se revela la construcción utópica y su vertiente de irrealismo... La experiencia de la libertad sólo se puede concebir lejos del mundo en una soledad angélica: ¡Qué limitación! El pastor Amintas no tiene amigo íntimo: no conoce la amistad (en una época en que tanta importancia se le dio) ni tampoco el amor. Su vida afectiva, en tanto que relación con los demás, es prácticamente nula, y por eso se siente él tan libre. En efecto, si la amistad, en la medida en que puede originar sufrimientos, representa un límite al sentimiento personal de la propia libertad, la relación amorosa, con sus consecuencias naturales, aparece como la manifestación más visible de los límites de la libertad individual concebida de modo absoluto. El amor sexual liga indefectiblemente el individuo a la sociedad: los sentimientos, la atracción sexual aparece como una enajenación de uno mismo. Recordemos hasta qué punto los desórdenes de la pasión amorosa han obsesionado a los poetas del siglo anterior; todos cantaron de diversos modos los males del amor (poemas sinceros o poemas de circunstancia, qué importa, ya que sus composiciones correspondían al gusto del público reflejando así, de ello podemos estar seguros, una manera de ver y de sentir común, una conciencia colectiva). *La Celestina* ilustra, entre otras cosas, y hasta la tragedia, esta incompatibilidad fundamental entre las aspiraciones individuales y los imperativos de la sociedad: ¡qué escándalo si Melibea y Calisto pudieran amarse impunemente!

Torquemada nos propone una vida armoniosa, una felicidad templada a través de la experiencia vital de la propia libertad que la renuncia al amor vuelve posible. Aquí otra vez aparece muy cómodo el disfraz pastoril: la vida del pastor trashumante y la edad de Amintas, acreditan lo que en otro decorado parecería inverosímil, si no ridículo.

Esta misma conquista de la libertad individual sugiere a Cervantes el episodio de Marcela en el *Quijote*, pero Cervantes radicaliza tal concepción de la libertad hasta denunciar su falsedad, su irrealidad. Al tomar el hábito de pastora, Marcela, joven de buena familia que se ha quedado bajo la tutela de un bondadoso tío canónigo, conquista la libertad de movimientos que le niegan juntos su sexo y su rango, pero al mismo tiempo renuncia al amor: su conducta es tan irreprochable que hasta las malas lenguas han enmudecido; Marcela pastora

libre, no tiene porvenir real como tal: y por eso quizá desaparece para siempre, por lo menos en la novela, en el bosque, después de una última aparición, tal la Virgen encima de una peña.

Así el personaje del pastor permite dar una visión positiva de la libertad humana, libertad que fundamenta el sentimiento de felicidad. El autor de los *Colloquios Satíricos* mata de un tiro dos pájaros: viviendo en la Naturaleza el pastor junta, con las ventajas de la vida laica, el estar muy cerca de Dios; se preocupa por menesteres terrestres pero a través mismo de sus ocupaciones, sigue en contacto con la Divinidad y su quehacer diario favorece su salvación eterna. Y al vivir solo en medio de los campos, en medio de los prados, logra ser libre por cuanto vive apartado de la sociedad. La libertad individual logra así ejercitarse de modo absoluto. El individualismo se ha aristocratizado: nacido en la ciudad (15), donde la conciencia individual tenía que reconocer a los demás como condición de su propia existencia, el individualismo se radicaliza hasta rechazar el contacto con los demás, hasta encerrarse en su propia afirmación negando la necesaria relación con los demás, relación de igual a igual entre todos los hombres, inadmisibile para la nobleza.

LA VISION NEGATIVA DE LA LIBERTAD EN GARCILASO Y EN MONTEMAYOR

Esta misma experiencia de la libertad individual, vivida esta vez negativamente, es la que inspira las *Eglogas* de Garcilaso y la *Diana* de Montemayor:

En la *I Egloga* en particular, por medio de sus dos pastores (que se expresan cada uno solitariamente) el poeta canta los distintos afectos del alma, originados todos por el amor y más precisamente por la pérdida de este amor. Abandonado, Salicio contempla en sí mismo los estragos que causa esa privación del amor que le hacía vivir. Se rebela ante la desesperación en que le ha sumido la conducta de Galatea: afirma el poder del amor a la par que racionalmente lo rechaza en nombre de su propia dignidad:

*que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
Vergüenza he que me vea
ninguno en tal estado,
de tí desamparado,
y de mí mismo yo me corro agora* (16).

(15) Véase Alberto Tenenti: «Los fundamentos del mundo moderno». Madrid, Siglo XXI, 1971, p. 131.

(16) Madrid, Espasa Calpe, 1953, p. 5, v. 62-66.